

EL DESFALLECIMIENTO DE LAS CIUDADES Y LA NATURALEZA. URBANICISMO CONTEMPORÁNEO, HABITARES Y ÁMBITOS DE COMUNIDAD*

Paulino Alvarado Pizaña

Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras - Colegio de Geografía

ORCID: 0000-0002-1637-765X

paulino.api@disr.it

Recibido: 30 de mayo de 2023

Aceptado: 23 de agosto de 2023

RESUMEN

El presente ensayo aspira a aportar elementos para un entendimiento profundo y situado de los procesos destructivos que moldean la vida material, emotiva y simbólica contemporánea, tanto en la naturaleza como en los asentamientos humanos. Este entendimiento se propone a partir de una disquisición sobre las tendencias que deforman a la ciudad contemporánea partiendo del conocimiento vivencial y experiencial cotidiano como habitantes, contrastándolo con las intenciones históricas originales del proyecto de la ciudad occidental, pues es ésta la que con la expansión colonial europea se impuso como modelo en todo el orbe. El planteamiento base es que la ciudad, como proyecto histórico y praxis situada de creación política y territorial de comunidad, ha sido desestructurada y fagocitada, negada y sistemáticamente degradada por las urbes o post-ciudades del capitalismo contem-

* El presente artículo se basa en la ponencia del 24 de agosto de 2022 para la mesa Genealogía de la ciudad contemporánea, dentro del Taller Internacional "Experimentar la ciudad: Teorías críticas y métodos visuales". El cual se llevó a cabo en el ICSyH - BUAP.

Su versión actual pudo realizarse gracias al apoyo del Programa de Becas Posdoctorales DGAPA - Unam, del cual el autor actualmente forma parte con la asesoría del Dr. Efraín León Hernández.

poráneo, al punto de su desfallecimiento dentro de un fenómeno que denominamos urbanicismo. Se afirma que las características de artificialidad y dominio de la naturaleza que observamos en el fenómeno urbanicista expresan –por su escala de expansión– una transformación cualitativa que mina las posibilidades de equilibrio de la vida en todo territorio. Significan la desmesura de una lógica comportamental e infraestructural al servicio de la avidez propia de la acumulación capitalista. El artículo cierra señalando, al interior de esta tendencia, la persistencia social de la creación de lugares de vida, que constituyen relaciones materiales y corporales, situadas y significativas que podemos denominar “habitares”. Quienes expresan la persistencia de una potencia creativa dirigida a la generación de ámbitos de vida significativos y localizados.

Palabras clave: Ciudad, habitar, urbanicismo, lugar, naturaleza, metabolismo, sociedad -naturaleza, modernidad capitalista

THE FADING OF CITIES AND NATURE. CONTEMPORARY URBANISM, DWELLINGS AND COMMUNITY SPHERES

ABSTRACT

This essay aims to contribute to a deep and situated understanding of the destructive processes that shape contemporary material, emotional and symbolic life, both in nature and in human settlements. Such understanding stands on the basis of a disquisition about the tendencies that deform the contemporary city, starting from our daily living and experiential knowledge as inhabitants, and contrasting it with the original historical intentions of the Western city project, since this is the one that was imposed as a model all over the world with the European colonial expansion. The basic proposition is that the city, as historical project and situated praxis of political and territorial creation of community, has been destructured, phagocytized, denied and degraded to the point of its collapse, by the urbaniza-

tions or post-cities of contemporary capitalism, within a phenomenon that we call urbanicism. It is stated that the characteristics of artificiality and domination of nature observed in such phenomenon express –due to the scale of its expansion– a qualitative transformation that undermines the possibilities for the equilibrium of life in any territory, since those characteristics signify disproportion as a behavioral and infrastructural logic that serves the greed of capitalist accumulation. The article closes pointing out the social persistence, within this tendency, towards the creation of appropriate places for life, which constitute material and corporal, situated and significant relations that we can call scopes for inhabiting. These express the persistence of a creative power aimed at the generation of meaningful and localized living environments.

Key words: City, inhabiting, urbanicism, place, nature, *society* - *nature metabolism, capitalist modernity*

LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA Y (ALGUNAS DE) SUS VIVENCIAS

Experimentar la ciudad, experimentar cualquier lugar, es vital. Es la vía de reconocimiento de lo que somos, de lo que hacemos, de lo que anhelamos y de lo que no. Es el camino de regreso hacia nosotros y es, quizás, la forma precisa para romper la alienación que tiene fascinados²⁰ y anestesiados los sentidos de tantos y tantos

²⁰ El término fascinación, que nos remite a una “atracción irresistible” y a una “alucinación”, tiene en su raíz el sentido mágico y psicológico de ser hechizados, capturados por un encantamiento propio de un engaño seductor, imperceptible y *atractivo*. Su origen es la palabra latina *fascinatio* y en regiones del Sur de Italia, aún se habla de la *affascatura* para referirse a los rituales de hechicería destinados a encantar (fascinar) a alguien. Las analogías con las formas del mercado capitalista y la industria cultural, para capturar, embelesar y mantener cautivos a los consumidores, no son menores, y cabría analizarlas a mayor profundidad.

que deambulamos por las calles sin experimentarlas, o negando nuestra experiencia perceptual, sensorial.

En grandes áreas de las urbes contemporáneas experimentamos la sobresaturación u obnubilación de nuestros sentidos hasta el aturdimiento, bombardeados por una profusión de estímulos visuales, cinestésicos, auditivos, que buscan captar nuestra atención, capturarnos con el fin último de asegurar la compra de las mercancías que se nos ofertan a cada momento. En otros casos, las experiencias que percibimos en el cuerpo personal o colectivo, si es que andamos en grupo por algún lugar, son aparentemente opuestas: se nos presenta a cada paso la paradójica vivencia (García, 2014, p. 37)²¹ de movernos en espacios agresivos o francamente ajenos al disfrute, al bienestar. Espacios ante los que debemos anestesiar nuestras percepciones si queremos atravesarlos medianamente indemnes, manteniéndonos en una atención epidérmica liminal de tensión y alerta para el cuidado personal. En ocasiones, este anestesiamiento termina pareciéndose demasiado al efecto de obnubilación o embelesamiento que produce la saturación perceptual de la primera situación que narrábamos.

La confluencia de estas circunstancias “fastuosas” o deprimidas y sus vivencias, en un mismo espacio geográfico, no es casual. El ambiente que aún llamamos ciudad, en su expresión contemporánea no deja demasiados lugares para el descanso

En 2018, mientras entrevistaba al profesor Giovanni Caserta sobre las transformaciones antropológicas vividas en Matera, Italia, habló de “il fascino del modello di vita” (la fascinación del modelo de vida) que había implicado la modernidad con su cúmulo de bienes de consumo y tecnologías para hacer comfortable la vida, que mutaron el horizonte de la existencia en grandes sectores de su sociedad.

²¹ La *vivencia* puede ser comprendida de la manera en que Carlos García la propone: “La vivencia es un fenómeno ontológico que pone de manifiesto nuestra realidad somática. Los cuerpos que somos, en su interacción, en su afectarse recíprocamente, generan incesantemente vivencias.”

reparador, para el recogimiento interior, para la plática relajada en un ambiente de disfrute colectivo gratuito, para respirar a sus anchas, para desparramar la mirada, para una caminata desatenta a los riesgos del tráfico, para los trayectos cercanos y parsimoniosos, para el trabajo en lugares gustosos. El resultado de estas vivencias que acabamos de evocar es expresión de la condición de “vida” a la que nos encontramos sometidas, sometidos, en la urbanidad actual, hasta el punto de conformarnos culturalmente.

En un pasaje tan sugerente como poco conocido, David Harvey –de la mano de Susanne Langer– aborda este problema desde la escala arquitectónica del espacio: “La arquitectura, nos sugiere Langer, es un dominio étnico, ‘un ambiente humano, físico y actual, que expresa los modelos funcionales, rítmicos y característicos que constituyen una cultura’. Dicho de otro modo, la forma que toma el espacio en la arquitectura y, por consiguiente, en la ciudad es un símbolo de nuestra cultura, un símbolo del orden social existente, un símbolo de nuestras aspiraciones, nuestras necesidades y nuestros temores” (Harvey, 2012, p. 25).

La vivencia que somos en esas circunstancias, las experiencias que de ellas extraemos, son la forma primordial de aprendizaje sobre nuestro lugar en el mundo y sobre la forma en que el mundo nos presenta las posibilidades de nuestra existencia. ¿Qué nos dice esto sobre las urbes que habitamos, sobre las ciudades en que deambulamos y que son, supuestamente, los lugares del desarrollo, de la civilización, del conocimiento, del cultivo de las personas?

Estas vivencias que hemos evocado, son –quizás– la constatación carnal, corporal, de una realidad que, de tan cotidiana y evidente, nos pasa inadvertida: **la ciudad contemporánea subsiste dispersa, pulverizada, entre las estructuras espaciales (¿territoriales?) de las urbes capitalistas...**



Imagen 1. Seúl, Corea del Sur. AKuptsova. 2021.



Imagen 2. Mumbai, India. ameeq, 2020.

PULVERIZACIÓN CONTEMPORÁNEA DE LA CIUDAD

Pulverizada su coherencia interna, el proyecto político, social y territorial que debería sustentar a la ciudad contemporánea, encuentra sus lugares y momentos de sobrevivencia, en los rincones donde la convivencia, la proximidad y la lugareidad –es decir, la dinámica de correspondencia entre habitantes y ámbitos materiales de existencia– (Robert, 2019)²² logran expresarse a pesar del

²² Abundando en este concepto propuesto por Jean Robert en su artículo “El lugar en la era del espacio”, podemos decir que la dinámica de la *lugareidad* permite constituir y sostener la existencia de los lugares con-

acoso con que la inercia acelerada de la ajenidad, la pendularidad, la deslocalización²³ y el lucro mezquino con la socialidad, se ciernen sobre ellas. La estructura física –la *urbs*– de la *civitas* (Kagan, 1998, p. 346) –el cuerpo social– se ha desembarazado de la socialidad concreta que debía alojar, que le daba razón y sentido, para extenderse sin cuidado alguno por la vida, a imagen y semejanza del capital y su versión particular de la modernidad. Digamos más aún, la ciudad –como *actualización del proyecto político que la impulsó históricamente*– pareciese encontrar sus lugares de mayor despliegue en los ámbitos de la ruralidad, del ambiente pueblerino, donde aún puede desplegarse la civilización campesina y las relaciones de subsistencia que antes despreciara, pues en algunos de sus lugares aún se conserva –frágil, tensa, dificultada– la voluntad de confluencia social, natural y de convivencia que hoy, en la gran escala de las urbes, se encuentra en vilo.

cretos, los lugares sentidos, los ámbitos de copertenencia que limitan la expansión de los espacios genéricos, anónimos, despersonalizados.

²³ Robert pone en juego el término *pendularidad* para comprender el fenómeno espacio-temporal, por el que la dinámica de la urbe capitalista dispone cotidianamente de la vida y cuerpos de las personas, para trasladarles grandes distancias entre los distintos elementos de su existencia, lo que genera corporalidades y vivencias endisociación o dislocación permanente y reiterada, al servicio del capital. Tal concepto puede consultarse en “El retorno de Caín. Reflexiones sobre los orígenes y la muerte de las ciudades.”, en donde dice al respecto: “La ciudad lineal es el regalo que los migrantes pendulares hacen a los especuladores: su disponibilidad para desplazarse más lejos cada año es lo que deposita sobre los terrenos rurales los valores flotantes que los fraccionadores cosechan mediante los cambios del uso de los suelos.” Esta *pendularidad* es parte de los procesos que devienen en ese sentimiento constante de deslocalización o parcelación de la existencia, que vivencian quienes intentan habitar, deambulando, en o entre las grandes urbes contemporáneas. Al respecto: “Los ‘no lugares’, espacios del anonimato.”, de Marc Augé, p. 46.

Desde luego, cabe aclarar de una vez, que cuando hablamos de la ciudad contemporánea, de lo que estamos hablando históricamente es de *la ciudad occidental*, impuesta y expandida por todo el orbe a razón de los procesos de conquista y dominación que unificaron al mundo bajo el argumento capital del progreso y la modernización, tan sólo para enajenarlo de sí mismo, negando sus multiplicidades, negando las otras posibilidades de forma, de mundo, de cultura material, de encuentro y cosmo-vivencias, para reestablecerlas, degradadas, como oposiciones funcionales a la razón instrumental del mercado capitalista. La ciudad occidental, una forma particular de disposición del espacio que se sobrepuso a las otras configuraciones espacio-temporales de organización social de la vida, disputando los territorios que habitaban y donde pre-existían esos mundos (incluyendo las geografías que hoy se llaman Europa), antes de que su vocación descomunal de *desproporcionada* expansión cobrara vida.



Imagen 3. Ayuntamiento de Kurashiki, Japón.
Del arquitecto Kenzo Tange, 1960.

Esas otras formas podemos encontrarlas aún hoy, con distintos grados de amplitud, densidad²⁴, expresividad y coherencia

²⁴ En la tesis 6 de su ensayo, *Modernidad y capitalismo (15 tesis)*, Bolívar Echeverría propone tres fuentes en el plano sincrónico para comprender

(Echeverría, 1995), en diversas urbes del mundo, coexistiendo y configurando materialmente la vida de sus habitantes a contracorriente de la tendencia mundial hacia la extinción de la lugareidad.

Demos un paso más en el camino hacia la genealogía de la ciudad contemporánea. Entre la década de 1950 y hasta la década de 1990 surgió un tema de gran relevancia, propuesto por el urbanismo y la arquitectura –casi siempre de tendencia o inspiración marxista– y la sociología crítica: la oposición dialéctica o relación campo-ciudad. En América Latina cobró particular fuerza a partir de las masivas migraciones de los ámbitos rurales hacia las urbes, los movimientos populares y las luchas de liberación. En el caso europeo uno de los más grandes exponentes de estas discusiones fue Henri Lefebvre. Hoy ese tópico y los debates que suscitaba parecen haber sido relegados a la marginalidad; sin embargo, hemos de decir que hoy más que nunca, debiera ser de nodal importancia.

la diversificación de la realidad moderna capitalista. Lo que él llama “los distintos modos de presencia del capitalismo”. Estas fuentes son, a saber, su *amplitud*, su *densidad* y su *diferencialidad*. Ellas se refieren a la extensión, intensidad y particularidad con que las relaciones capitalistas se dan en un lugar y momento dados, en sentido histórico, lo que nos habilita para entender las formas específicas en que la vida toda se entreteje con las formas capitalistas, pero también con las formas no capitalistas de existencia y reproducción sociales y naturales.

Es nuestra propuesta estas mismas tres fuentes pueden servirnos justamente para observar las otras existencias, para mirar las formas históricas de cada lugar que subsisten en medio del proceso urbanicista contemporáneo. De manera tal que seamos capaces de comprenderlas en su especificidad a partir de sus propias lógicas y dinámicas internas, de sus materialidades, sentidos y despliegues relacionales en los ámbitos de las distintas colectividades. Su *amplitud*, *densidad* y *diferencialidad*, junto con su *expresividad* y *coherencia* – categorías propias, que sumo a las anteriores– son dimensiones / portales para comprender las maneras en que el habitar concreto de las distintas formas de humanidad subsiste y mantiene una propuesta de horizonte de sentido para quienes las realizan, así como su grado de actualidad o decadencia.

La creciente desertificación del mundo, la expansión de la artificialidad urbana, la imposición del modelo urbano de vida hasta en los ámbitos pueblerinos y comunitarios, están íntima, inextricablemente relacionados con ello.

El fundamento que soportaba todo ese debate, planteado por primera vez (dentro de esa corriente de pensamiento) a mediados del siglo XIX, era la radical diferencia que el capitalismo estaba insertando en la relación metabólica entre la sociedad humana dominada por la dinámica capitalista y la propia naturaleza humana y no humana. En aquel entonces, el debate se realizaba con especial énfasis en las ciudades europeas y sus entornos rurales y suburbanos: las periferias, las regiones campesinas e incluso las tierras “naturales” de las colonias transatlánticas. Esta radical diferencia, decía este planteamiento, creó lo que Marx propuso y hoy se conoce como *fractura metabólica* (Bellamy, 2000): la incapacidad de mantener el equilibrio dinámico dentro del proceso de la reproducción social con el fundamento natural que la sustenta.

En el análisis de la época se observó que esta incapacidad metabólica más general actuaba en todas las escalas de la vida. En ella se insertaba la imposibilidad para restituir en los ritmos y modos adecuados los elementos vitales que la ciudad extraía de la naturaleza y el campo, dando paso a la devastación, contaminación y degradación de la vida toda. Mas se insertaba también el trastorno prolongado de la vida social y personal como resultado del desequilibrio reconstitutivo producto de la explotación del trabajo y los territorios, que dio origen en ese mismo siglo a las patologías modernas como la neurosis (Robert, 2018). ¿Les suena similar a la situación contemporánea? Esto era un hecho que no se había expresado sistemática, estructuralmente, como rasgo distintivo de la dinámica social, antes del encumbramiento del capitalismo y la modernidad.

Hoy podemos resaltar que la oposición campo-ciudad y la fractura metabólica son, además, la dimensión territorial o espacial de la lógica capitalista del *abuso*, como comportamiento desmedido propio de la soberbia del poder, en tanto *desmesura* (Piano: 2010)

impulsada por una racionalidad instrumental hacia el conjunto de la vida concebida como objetualidad ajena a utilizar tan sólo para la satisfacción de la *codicia*. Este abuso tiene como contrapartes la apatía e indiferencia sistemáticas para atender los desequilibrios producto de esa fractura.



Imagen 4. Mills Creek, Washington. Thomas M. Easterly, Public domain, via Wikimedia Commons. 1868



Imagen 5. Puebla, 2022.

Retomamos el término propuesto por Ivan Illich para hacer un diagnóstico análogo más de un siglo después, mirando las consecuencias para las culturas, los ámbitos de comunidad y la vida natural: la pérdida de la *proporción*²⁵, de la *proporcionalidad* (Illich, 1994), de la comprensión del sentido de los límites y la propagación ilimitada de la desmesura y desproporcionalidad en un sentido cada vez más acelerado. Es decir, el abandono de la justa medida, de la relación adecuada de los elementos compositivos entre sí y con su lugar para asegurar el sostenimiento de la vida, su sustento. Lo que constituye el criterio que distingue nítidamente a una forma social orientada por el cuidado de la existencia en general, de otra que actúa con descuido y desprecio, pues no conoce de los límites a su ambición.

Justo en el siglo XIX comienza una *mutación antropológica radical*²⁶ en la lógica de composición de los asentamientos humanos

²⁵ Lo *proporcional* de acuerdo a la recuperación que Iván Illich hace Leopold Kohr, es “lo apropiado de una relación”: una “relación de naturaleza apropiada” a un contexto específico. De la mano de Kohr, Illich plantea que hablar de “proporcionalidad” refiere a un proceso social dinámico en que, de manera recurrente, se hace presente el momento reflexivo para redefinir las características y límites de lo adecuado a esa relación específica, situada; para determinar que actos sirven para respetarla y mantenerla como una relación convivencial. En *La pérdida dei sensi*, p. 221.

²⁶ Pier Paolo Pasolini propone su noción de *mutación antropológica* para señalar las transformaciones profundas que comienzan a gestarse en las sociedades, en el periodo posterior a la II Guerra Mundial. En particular, desarrolla un análisis puntual en sus ensayos “Estudio sobre la revolución antropológica en Italia” y “Ampliación del ‘boceto’ sobre la revolución antropológica en Italia”.

Estas mutaciones que él señala son impulsadas por una expansión de la lógica capitalista a ámbitos cada vez más profundos de la vida que antes se mantenían intocados o al menos, no deformados sino superficialmente por esta lógica. Ello implica una interiorización –personal y colectiva– de las dinámicas y naturaleza del poder y valorización

y sus redes, trasponiendo un umbral de los límites urbanos y la relación campo-ciudad, que culmina en nuestros días en la explosión de las Megalópolis (Smith, 2012), las post-ciudades (Echeverría, 2013, p. 77). Los espacios de la desmesura que fagocitan la vida en su interior y en su entorno cada vez mayor de influencia. Según datos de historiadores de la urbanización (Chandler, 1987), en 1950 sólo dos ciudades superaban los 8 millones de habitantes, Nueva York y Londres; para 2017 eran ya 36. Esta dinámica expansiva y concentradora a la vez es gestionada estatalmente a través de lo que en México se denomina “Sistema de ciudades” (Garza, 2005). El mecanismo jerárquico que, a través de la distribución / aglutinación espacial de los servicios y las ofertas de mercado (desde la educación y la salud, hasta medios, vías de transporte y trabajos remunerados), propulsa a las personas a migrar –temporal o definitivamente– hacia los centros urbanos de mayor rango en una pirámide jerárquica, donde la adquisición de los insumos propios para participar del juego de la reproducción capitalista, se encuentran favorecidos. Así, los “asentamientos humanos” en los niveles inferiores del escalafón se van vaciando, van perdiendo vitalidad, capacidad de sustento, y decaen.

El fenómeno histórico que ha generado esta desproporción espacio-temporal, a decir de Bolívar Echeverría, es el *urbanicismo*. “La forma elemental en que adquieren concreción espontánea el humanismo y el progresismo” (Echeverría, 1995, pp. 149-156). El urbanicismo es la dinámica material y cultural que percibimos en tanto expresión física, geográfica, territorializada de la destructividad inherente y la desmesura de la modernidad capitalista. Como tendencia ha implicado la concentración espacial y temporal del

del capital, en procesos que derruyen las formas culturales anteriores desde dentro, así como los sentidos previos de reconocimiento y autoafirmación colectivos, transformando el horizonte de vida y de relacionamiento. Elementos, todos, que van siendo asimilados al modelo banal y consumista, hedonista y anodino a la vez, requerido por la lógica mercantil de la acumulación capitalista.

conjunto de la vida al ámbito artificial y *humanizador* de la urbe en todas las escalas –incluso en los cultivos industriales–, en “su afán de constituirse [...] en calidad de fundamento de la Naturaleza [...] convertida en puro objeto” (Echeverría, 1995, pp. 149). Y cuando nos referimos a naturaleza, estamos hablando de una categoría en la que entra todo: “es decir, de todo lo infra-, sobre- o extra-humano”, así como del fundamento biológico y etológico de lo humano.



Imagen 6. Vivienda del Gobierno en Hong Kong. Alix Lee.

Mapa 1. Redes de ciudades de México, 2010 (incluyendo la ZMVM)



Fuente: Elaboración propia con base en resultados del modelo.

Imagen 7. Subsunción del territorio a las urbes en México. 2010, Carlos Garrocho.

URBANICISMO

Volvamos al diagnóstico que esbozábamos para el tiempo presente: la ciudad contemporánea sufrió y sufre a manos de la urbe capitalista los mismos efectos que hiciera experimentar a las ¿ciudades? (¿la palabra es adecuada?) de las otras formas de humanidad que en su momento fueron contemporáneas de la ciudad occidental, incluso dentro de la propia geografía europea. En las lenguas mesoamericanas no existe palabra equivalente a ciudad, que desmarca claramente –como un tajo– el asentamiento humano de la ruralidad y la naturaleza (Fernández y García, 2006, pp. 13-28). Las palabras que se forzan para equivaler son los conceptos *ireta* de los p'urhepecha, *yucunduta* de los ñuu savi (mixtecos), *an dehe nttoehe* de los hñähñú (otomíes), *tsabaal* de los téneek o huastecos, *batabil* de los mayas, *nass* de los Ayiuk o mixes, *chuchu tsipi* de los totónacas y *altepetl* de los nahuatlacas. Tales palabras hacen referencia al conjunto del complejo edificado, la comunidad humana y los cerros, manantiales, bosques, quebradas y todo lo que lo puebla, en síntesis, al territorio en su conjunto. Es, en términos prácticos, indivisible y así lo comprenden quienes lo mencionan y quienes lo escuchan; significa a un mismo tiempo pueblo, poblado y terruño.

Frente a concepciones prácticas o cosmoviencias del habitar como éstas, la urbe hodierna se alimenta de los restos materiales y simbólicos de la ciudad contemporánea, destruida y despoblada / reconstruida y reordenada (EZLN, 1997) constantemente, y la devuelve fragmentada para presentarla a cada momento como un espejismo que nos muestra falsa y fascinantemente la vigencia de un lugar de encuentro, libertad, progreso y realización social –el “territorio de lo humano”– que ya no existe como tal. La urbe hoy es algo diferente a la ciudad histórica, a las ciudades históricas. Como comentábamos en un principio, ha desgajado los dos elementos que la componían, su dimensión física y su dimensión social; deformándose en el proceso.

A pesar de las luchas de amplios sectores de la sociedad, lo “humano” hoy tiende a reafirmarse como un actuar dominante con-

centrado en el hombre, individual, blanqueado, heterosexual, urbano, de visión empresarial. La agroindustria, la megaminería, el trasvase y sobrexplotación del agua, la explotación animal por la industria pecuaria, la deforestación rampante, el envenenamiento de las tierras, las aguas y aires, pero también el transporte heteronormado y la pendularidad cotidiana de millones de trabajadores a maneras de bandas de transportación industriales, o la destrucción de las economías campesinas y rurales, así como las migraciones regionales, internacionales y continentales que se han vuelto la norma mundial, son distintas facetas de este fenómeno urbanicista.

Mas el urbanicismo también ha implicado la sustitución creciente de la vida concreta tangible y encarnada, de la posibilidad de elaboración material de relaciones y referentes gratos, de lugareidades plenas y situadas, por generalidades abstractas contra las que los *habitares*²⁷ se están siempre debatiendo, buscando hacerse un lugar, resistiendo implícitamente, transfigurándose en *alteridad*²⁸ aún sin notarlo, ya que “nuestras relaciones con el es-

²⁷ Al hablar de *habitar* o *habitares*, la intención es señalar la tendencia y dinámica social que, mediante la relación entre lugareidad y cultura material, busca establecer o asentar una condición armónica entre el lugar y sus habitantes, que les dé sentido y proyección de sí, en un ambiente favorable para la vida. Los habitantes expresan las formas culturales e históricas en que las colectividades se han dado una forma material y simbólica en el mundo, y refuerzan las posibilidades de reconocimiento, encuentro y pervivencia de las mismas.

En las condiciones actuales de vida es una actitud de resistencia, y como reflexión una categoría esperanzada y crítica.

²⁸ Pasolini, en su ponencia póstuma *Intervención en el Congreso del Partido Radical*, desarrolla profundamente su noción de la *Alteridad* y “no simple alternativa” a la dinámica capitalista. Al respecto plantea “que por su misma naturaleza excluye toda asimilación posible de los explotados con los explotadores”, pues no se limita a plantear correctivos que humanicen una forma general de relación que tiende a la subordinación de toda existencia, sino que propone modos dignos para ella.

pacio no son las de un puro sujeto desencarnado con un objeto lejano, sino las de un habitante del espacio con su medio familiar” (Merleau-Ponty, 2020, p. 27).

Estas generalidades abstractas son, en resumen, espacios homologables en cualquier lugar del mundo a partir de un menú a la carta, un catálogo de recetas genéricas predefinidas para el adquirente en cuestión. Espacios que pueden llegar a integrar, en ellos, restos banalizados de las topologías y símbolos culturales del lugar, para ser vaciados de sentido, empobrecidos como emblemas superfluos de una identidad degradada al rango de simple valor mercantil extraordinario, de plusvalía. Este fenómeno es la expansión de espacios homogéneos formados por no-lugares²⁹, asentamientos y zonas de traslado del anonimato y el anestesiamiento, sin capacidad de conexión profunda con el sitio, sin ubicación concreta del ser.

A lo largo de esa intervención enfatiza en que el meollo de la cuestión es la necesidad de insistir en conservar la *vitalidad* de esas formas cuyo centro es el sostenimiento de la vida y que perviven independientemente de la lucha política-estatal, “la alteridad no está sólo en la conciencia de clase y en la lucha revolucionaria marxista. La alteridad existe también por sí misma en la entropía capitalista [...] Hay que luchar, por tanto, por la conservación de todas las formas, alternas y subalternas, de la cultura.” Plantea, por ello, que es necesaria una “alteridad que debería modificar radicalmente las relaciones sociales existentes, o, dicho antropológicamente, la cultura existente” (Pasolini, 1997, pp. 147-149).

²⁹ En el análisis que Marc Augé realiza sobre la espacialidad contemporánea como proceso de materialización y asentamiento de las relaciones sociales, caracteriza la forma dominante en que se tiende a subsumir la cualidad material de las vidas situadas, sus relaciones y temporalidades, al tiempo hegemónico de la productividad y el consumo mercantil de los espacios, las relaciones y las experiencias, ante lo que todo lo demás son obstáculos a domesticar, obviar o anular. Los entornos que surgen de este comportamiento moderno, los denomina *no-lugares*. Al respecto, dice “El no-lugar es lo contrario de la utopía: existe y no postula ninguna sociedad orgánica (Augé, 2008, p. 114).

Bolívar Echeverría comenta al respecto:

La ciudad capitalista se basa no ya en la subordinación del campo a la ciudad, como en el caso de la ciudad burguesa, sino en la subsunción total de lo rural a lo urbano, en la sujeción, la explotación, la destrucción incluso, del campo en beneficio de la ciudad. [...] “La gran ciudad es –dirá Braudel– un “parásito” que se constituye en la negación absoluta de lo rural [así] “en la ciudad capitalista se refleja la tendencia a reconstruir todo el planeta bajo la forma de ciudad, de hacer la ciudad absoluta o ciudad total y convertir al campo en mero intersticio del espacio ciudadano” (Echeverría, 2013, pp. 75-76).

Con ello señalaba la pulsión hacia el dominio del conjunto de la organización territorial de la vida material en el orbe entero. “El *urbanicismo* actúa, pues, con una doble dinámica complementaria de acción centrípeta y acción centrífuga. La dinámica centrípeta es de dominación y expropiación / concentración jerárquica de las funciones políticas y administrativas del cuerpo social, así como de la labor económica de dominación de las relaciones de producción –consumo– acumulación de la riqueza social; convirtiéndose esta labor, en el verdadero centro, la razón de ser de la sociedad humana y el entorno habitado bajo la óptica de la razón capitalista. Mientras tanto la acción de sentido centrífugo se realiza al irradiar el imaginario del progreso y del humanismo individual ciudadano, como deber ser deseable del bienestar y el desarrollo que van asumiéndose como modelos culturales en cada espacio habitado” (Alvarado, 2014, pp. 121-122).

La modernización de los ámbitos populares y rurales va acompañada usualmente de la asunción cultural de una inferioridad o, al menos, de una deficiencia, de una carencia estructural³⁰ interior a la

³⁰ Walter Benjamin, en su ensayo *Capitalismo como religión*, desarrolla uno de los análisis críticos más profundos y agudos sobre la manera

colectividad modernizada. Ésta se expresa muchas veces de manera ambigua, confusa. En ocasiones, se concibe por quienes deciden “modernizarse” como una pretendida resistencia que busca demostrar la igualdad de su valía a través de abandonarse, de sacrificar sus formas heredadas, para asumir el éxito que puede tener dentro de las formas impuestas de la modernidad. En estas elecciones, parece no importar, o no percatarse del vacío existencial que queda al pretender desechar los referentes culturales propios, ni los conflictos que surgen en los ambientes construidos que pretenden habitarse, por las divergencias o francas disrupciones de las maneras corporales –generacionalmente aprendidas– del hacer y resolver las actividades y relaciones siempre situadas, con las configuraciones formales adoptadas (los ambientes edificados) que condicionan materialmente su existencia.



Imagen 8. Milpa en medio de zonas gentrificadas en San Andrés Cholula.

en la que la dinámica económica capitalista, en tanto relación social, actúa y transforma las subjetividades de las personas. En su reafirmación cotidiana, su introyección se realiza anclando a las personas a su lógica valorativa utilitarista y especulativa, al grado de superponerse a la sociedad como una religión, laica, de culto permanente “sin tregua y sin piedad” que domina a través de la deuda (material, moral, espiritual) y la sensación de culpa, carencia y falta que lo apuntalan (2013, p. 43).



Imagen 9. Torre de departamentos. Singapur, Indonesia. xegxef, 2017

LA VOLUNTAD URBANICISTA DE SUSTITUCIÓN DE LA VIDA Y EL DESFALLECIMIENTO DE LA CIUDAD Y LA NATURALEZA

No sabes cuánto de subversivo
vive en una sonrisa
que no quiere comprar...
Silvio Rodríguez. Tu sonrisa ha cambiado

Abundaremos. La ciudad contemporánea, hija de la ciudad occidental de la modernidad, heredó su idealización como el lugar de realización del “hombre”, propia del ciudadanía moderno, como el lugar de realización efectiva de su politicidad en el ámbito de lo *público*, el ámbito de todos los ciudadanos donde se dirimen los asuntos de la vida colectiva de la comunidad, donde se crea la civilización. Sin embargo, esta pretendida cualidad, este proyecto ideal de la ciudad contemporánea, ya mostraba signos de desgaste, de agotamiento, desde la década de 1970; más aún, enseñaba señales de sabotaje desde su interior por los detentores del poder público (Harvey, 2007, pp. 366 - 390. Davis, 2007, pp. 73 - 98).

Esto, que constituía el fundamento de la ciudad moderna, era compartido por el conjunto de los ámbitos de la geografía europea, sustentado originalmente desde tiempos feudales, en la capacidad soberana de las colectividades –incluso rurales– para reivindicar su derecho al territorio propio para su sustento. Distintas ramas históricas, distintas vertientes, confluyeron en la creación concreta de la ciudad occidental. Algunas de raigambre más campesina como las organizaciones comuneras que dieron origen al municipio español y la institucionalización del ayuntamiento (el *juntamiento* político de los habitantes), (Kagan, 1998), unas ligadas al ámbito urbano como la tradición patricia de la polis romana o los poblados mediterráneos que son trasfondo de la *civitas* (Aymard, 2017), otras más emergidas del mercantilismo y las asociaciones de propietarios privados o corporaciones de comerciantes como en las ciudades Estado italianas o de la *hansa* noreuropea (Pipitone, 2003: 59 - 79), y desde luego, también formó parte de ello la idealización ptolomeica-cristiana de la ciudad como expresión del orden divino en la tierra emergida de la Baja Edad Media.

Estas vertientes compartían un conjunto de elementos en común, aunque fuese con distintos grados y matices de intensidad, y de manera tensa y a veces contradictoria. Tales aspectos eran: otorgar orden a la vida social, asentar la *civilidad*, promover la civilización, *humanizar el mundo*, constituir una comunidad ideal. Estos principios compartidos se desarrollaron histórica y culturalmente en oposición a aspectos pretendidos de la vida, que fueron relegados por sus elecciones civilizatorias, y que hoy en día subsisten en el imaginario moderno como justificación del urbanicismo y su tiempo del progreso. La voluntad renacentista de dar orden, civilidad, humanización, se realizaba por oposición a sus supuestas contrapartes: el salvajismo, la barbarie y el carácter rupestre, rudo, primitivo, tanto de los *rurs*, los paganos incultos en el sentido mercantil y su habitar silvestre y rural irreductible, así como del existir indómito de la naturaleza y los naturales. Elementos que, dentro de la dinámica capitalista, profundizarán sus sesgos

originarios de clase, raza y género, característicos del urbanicismo de nuestros días.

El hipotético estado de cultura que impone la modernidad y su urbe como sustitución y superación continua, persistente de un presunto estado de naturaleza salvaje (que parece ser inacabable porque es siempre el argumento para civilizar), propulsa permanentemente la artificialización como significado de progreso, al igual que la domesticación como represión y apropiación desencianlizante de la naturaleza, expresión de control y pretendido perfeccionamiento en términos de facilitar su manipulación pragmática. Tal como mostraron las urbanizaciones coloniales en sus ciudades y reducciones desde el siglo XVI, este proceso de control y artificialización se encuentra claramente en el crecimiento acelerado de la tecnologización propia del capitalismo, orientada a la obtención de materias, mercancías riquezas y ganancias aumentadas.

Una forma de tecnologización de la que es parte la misma urbe y que implica “la tergiversación fundamental de la forma del valor de uso al que tendía técnica o “naturalmente” la gran industria moderna –tergiverzación que desde el siglo XVIII convirtió a ésta, de instrumento de liberación del trabajador en instrumento de su esclavización orgánica–”. Al respecto, Echeverría abunda afirmando que:

Todos los elementos del campo instrumental y del proceso de trabajo que corresponden a la revolución industrial se planifican y diseñan, no según el principio de “ahora resulta más fácil producir los mismos bienes con menos esfuerzo”, sino según el de “ahora resulta más fácil producir más bienes con el mismo esfuerzo”. Es el principio del diseño que regirá la revolución urbanística del siglo XIX –con los barrios obreros y sus mietskaserne, con los servicios públicos y de transporte más “eficientes” (los trenes con los que soñaba Mussolini, que llegan y parten a la hora exacta estipulada en los horarios)– habiéndose extendido a partir de las naves industriales y la disposición productivista abstracta de la maquinaria y la “coreografía” laboral (Echeverría, 2008, pp. 31-32).

EL DESFALLECIMIENTO DE LAS CIUDADES Y LA NATURALEZA.
URBANICISMO CONTEMPORÁNEO, HABITARES Y ÁMBITOS DE COMUNIDAD

Urbanicismo, progresismo, humanismo y artificialización son diversas caras del proceso de la modernidad fundada con el horizonte del “hombre” como centro del universo y reformador de la creación, el creador de su propia creación *ex novo*.

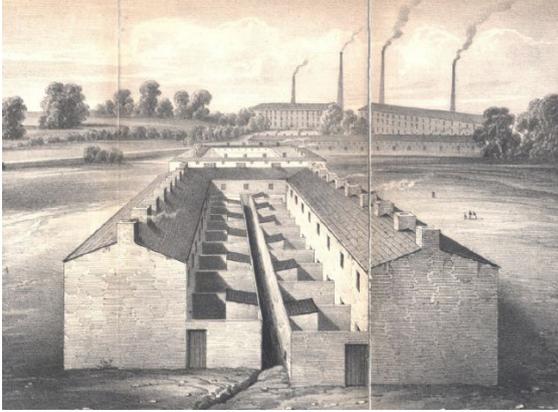


Imagen 10. Vivienda obrera [Cottages]
de fábrica algodonera en Preston, Inglaterra. 1849



Imagen 11. “Fraccionamiento” habitacional en el borde sur de Angelópolis, Puebla.

El desbocamiento de la dinámica económica capitalista desligada de toda ética (es decir, de todo control político-social), de todo lugar (es decir, de toda adecuación y proporcionalidad), expresado en el capital financiero y su abstracción absoluta y fetichización de una riqueza sin sustento material, es la culminación contemporánea de ese ideal. La aceleración del intercambio mercantil y dinerario, junto con su presión a la producción y la estimulación compulsiva del consumo, tienden a anular el lugar transmutándolo en espacio comprimido por el tiempo, a desentenderse de la reproducción regenerativa y lúdica de la naturaleza y la comunidad y a despreciar la relevancia previa de lo público o lo comunal, una vez que el sujeto automático del capital ha enajenado la capacidad de decisión a las comunidades humanas concretas. ¿Qué sentido tendría entonces el ideal de la ciudad occidental? ¿Por qué sostener la coherencia física pretendida de la ciudad contemporánea si ya no hay comunidad que necesite un lugar y un tiempo para recrear su politicidad, alienada? La enajenación de la ciudad por la urbe es consustancial a la enajenación de lo político por el automatismo del capital.

Hoy, el otrora lugar de *lo público* como confluencia de *lo privado*, ha sido transfigurado en el espacio de la especulación mercantil dentro de un proceso permanente de privatización. Actualmente, si miramos bien, el antaño lugar de la política, pareciera ser hoy el escenario para el espectáculo interminable de ofertas comerciales. “El valor de uso de la ciudad del siglo XX, del campo del siglo XX, de las vías de comunicación del siglo XX, es un valor de uso deformado, invertido de sentido por un diseño del mismo en donde el *telos* de la valorización parece haber sustituido definitivamente al *telos* que la sociedad moderna puede plantearse a sí misma democráticamente” (Echeverría, 2008, pp. 35-36).

Siendo así, el proceso de privatización de los lugares de vida se ve complementado siempre por la reorganización artificial de sus elementos y sus dinámicas, dislocadas, despojados de espontaneidad y estacionados en estancos artificiales.



Imagen 12. Xiamen, China. stark8, 2015.



Imagen 13. Marina Bay Sands, Singapur. PublicDomainPictures, 2013.

Si hablamos de la escala de los territorios regionales y nacionales es necesario señalar que el dominio administrativo del Estado y el capital sobre la geografía de los países y las regiones asegura esta misma tendencia por sobre la legítima existencia de las comunidades de vida en las que lo social y lo natural se entretejen en aras de su sustento y suficiencia; tejido e intención de dominio que se dan incluso a nivel cósmico. ¿Quién puede definir el carác-

ter público o privado de la luna o de marte, si no hay legislación que lo determine, si no hay dueño que les reclame o defienda, que impida que la compulsión de poseer y acumular, que la vil codicia les tome para acrecentar la ganancia? Esa es la lógica que subyace a la disputa empresarial que quiere reiniciar la épica colonial del capital, ahora cielos fuera de la tierra. Y el desfallecimiento de las ciudades y la naturaleza es de las contrapartes más palpables de esta carrera desbocada impulsada por la avidez.

Lo político ya no se resuelve en la disputa de las ideas en comunidad, menos aún si esa comunidad es la de la inferioridad plebeya carente de capital, sino en la asignación de valores mercantiles para su gestión financiera por el mejor postor. Digámoslo con todas sus letras: el patrón se ha entronizado por sobre la comunidad. La disminución y degradación de los lugares de encuentro en las ciudades, que padecemos sus habitantes, crea una falta; otra expresión de esa carencia estructural a la que nos referíamos páginas atrás. Aunque quienes habitamos en estos ámbitos nos resistamos a ser burdos ocupantes, vulgares mercancías, luchando por no sentir la humillación que oferta la miseria, la falta creada por esta degradación que nos obliga a pagar por aquello que debería ser común y de libre acceso y gestión colectiva para todas, todos. La degradación de los lugares produce la escasez pretendidamente efectiva que requiere el capital mediante la expropiación y el despojo de los lugares mismos, privatizándolos, reconstruyéndolos y devolviéndolos como espacios-mercancía. Genera la carencia sentida íntimamente por nosotr@s, otrora habitantes, y la manipula para especular con esa ausencia de lugares para la buena vida, ofertándonos como equivalentes su mutación en espacios que lucran con esa carencia corporalmente, íntimamente percibida. La urbe es así parte espacial consustancial de “una modernidad que promueve necesariamente el fenómeno del “consumismo”, es decir, de una compensación cuantitativa por la imposibilidad de alcanzar un disfrute cualitativo en medio de la satisfacción; consumismo ejemplificado claramente en el *give me more!* de la industria

de la pornografía, en la precariedad del disfrute sexual en medio de la sobreproducción de orgasmos” (Echeverría, 2008, p. 36).



Imagen 14. “Residencias” en Angelópolis 3ra sección, Puebla. 2022.



Imagen 15. Ocio en Plaza Dorada, Puebla. 2023

Dos de los ejemplos más palpables son: la proliferación de complejos comerciales y fraccionamientos amurallados de nombres pomposos (distrito, plaza, galerías, paseo, terraza, jardines, shopping center...) en detrimento de bosques, ríos, parques, plazas, calles y jardines de acceso libre y cabales para el recreo o el descanso, y el encajecimiento de los hogares y edificaciones ubicadas entorno a estos

últimos lugares hoy escasos, o en los barrios y parajes rurales en que aún mora la lugareidad, concebida como plusvalía habitacional.³¹

La artificialización de la existencia alcanza ya a los ritmos y procesos regenerativos con que la naturaleza se dota y nos ha dotado, y a los que el ser humano se había debido adecuar en sus múltiples formas de humanidad. La crisis de la ciudad industrial del siglo XIX que comentaba antes en esta presentación, fue el preludio –y se ve continuada– en esta subsunción, devastación y voluntad urbanicista de sustitución de la vida. Desde la clonación de seres hasta la minería a cielo abierto, pasando por los transgénicos, la tecnología contra la muerte y el envejecimiento, la búsqueda de energéticos y baterías que devastan plantas, sierras, mantiales y minerales por igual; el uso mezquino de la inteligencia artificial con su anticipación sustitutiva de “nuestras” supuestas “necesidades” y nuestro encuadramiento mercantil, la deslocalización de la producción de alimentos; los monocultivos y la ganadería agroindustriales, así como la desterritorialización de los trabajadores y su movilización en bandas regionales de transportación de obreros-mercancías entre infraestructuras urbanas (esos asentamientos semejantes a lo que solíamos denominar ciudades). Enteras regiones urbanas en el planeta constituidas bajo este modelo son expresión fehaciente de esta dinámica inherente al urbanicismo y al desfallecimiento de las ciudades y la naturaleza. “Si ese gesto depredador se extiende a todo y todo el tiempo, bueno,

³¹ El fenómeno mundial contemporáneo de la gentrificación –tanto en ámbitos urbanos como en los pueblos– concentra con gran densidad estos procesos de expropiación práctica de los lugares y de los fenómenos de especulación, valorización capitalista del carácter vernáculo de los mismos, así como de mutación antropológica de la sociedad. Una vez que las promesas de bienestar y progreso de la modernidad capitalista se han vaciado, lo que resta es ir por los ámbitos donde la belleza, la escala del encuentro corporal cara a cara y a pie, la charla y el tejido social parecen subsistir para tratar de subsanar ese deseo inherente por una vida que valga el esfuerzo disfrutar.

acabamos como estamos, acabando, matando no sé cuántas especies por día” (Salazar & Rivera Cusicanqui, 2019, p. 185).



Imagen 16. Nopaleras en San Andrés Cholula. Al fondo los rascacielos de Angelópolis sobre tierras otrora ejidales. 2021



Imagen 17. Contaminación, industria y urbanización. SD-Pictures, 2016.

No obstante, si aún hoy podemos hablar del fenómeno urbanicista como una tendencia tal como se ha venido recalando a lo largo de este ensayo –y no como una realidad incontestable a pesar de su aparente dominancia–, es porque no es la única realidad existente en la expresión y despliegue territorializados de la vida. Ya adelantábamos desde los primeros párrafos que el

proyecto político de realización del lugar de lo humano, fundamento de la ciudad histórica, aún subsiste, agazapado, relegado, subsumido. Subsiste porque, además, la voluntad de creación de los lugares de vida no es exclusiva de la ciudad occidental sino que es compartida con el conjunto de otros proyectos históricos de humanidad e incluso con múltiples especies que pueblan el mundo. En gran parte, su existencia actual es sustentada por la voluntad de persistencia de las comunidades concretas en sus múltiples versiones, dispersas a lo largo y ancho en la geografía mundial, como muestra palpable de la alteridad y diversidad que la humanidad tiene posibilidad de ser, si busca recrearse en sus lugares de vida.

HABITAR Y ÁMBITOS DE COMUNIDAD

Ahondando a este respecto, no se necesita más que observar fuera del radar del occidente moderno, capitalista, colonial y patriarcal. Ahí, desde que se tiene memoria, ha habitado un tercer excluido que tiene algo que decir al respecto del lugar: el habitar colectivo, el habitar en común, diverso del par dicotómico entre público y privado. Una forma de la vida material que se expresa de múltiples maneras, casi siempre obviadas y necesariamente irreverentes con el orden del poder instituido contemporáneo que lo desprecia, a la par de la lugareidad pública y la lugareidad privada, en territorios como los propios de Latinoamérica, pero no sólo en ellos (Alcalde, 2020). Una forma que siempre está interpelando y reorganizando la configuración material de los lugares para adaptarlos a su forma espacio-temporal de desplegar corporalmente las relaciones tanto al interior de las edificaciones como en todas las escalas de los exteriores, desde los patios hasta las redes territoriales y comunitarias. Forma que, sin proponérselo muchas veces de forma explícita, socava los pretendidos triunfos absolutos de la modernidad.



Imagen 18. Ofrendas de Días de Muertos, en Comunidad Acatzingo - OPFVII, Iztapalapa. José Luis Santillán. 2015

Esta forma de habitar, de realizar de manera situada la vida, expresa, realiza y propone otros códigos de la dinámica económica y de las interrelaciones; entran factores que la economía formal siempre ha excluido y ahora llama externalidades, como la vecindad, el apoyo mutuo, la afectividad y la convivencia, la consideración del sustento a largo plazo, las redes de amistad y familiaridad entre otros. Hay otros modos de uso de los lugares y de las tecnologías; se privilegia la convivencialidad³² como dinámica que pone al centro la

³² Ivan Illich propuso el término *convivencialidad* para referirse a formas de alteridad al productivismo. Escribe: “Bajo *convivencialidad* entiendo lo inverso de la productividad industrial. Cada uno de nosotros se define por la relación con los otros y con el ambiente, así como por la sólida estructura de las herramientas que utiliza [...] La relación convivencial, en cambio siempre nueva, es acción de personas que participan en la creación de vida social. Trasladarse de la productividad a la convivencialidad, es sustituir un valor técnico por un valor ético, un valor material por un valor logrado. [...] Una sociedad convivencial es una sociedad que ofrece al hombre la posibilidad de ejercer la acción más autónoma y más creativa, con ayuda de las herramientas menos

creación de la vida social, no exenta de contradicciones ni tensiones. Y suele regir en él la certeza de que es necesario cuidar las relaciones, porque de ello depende la continuidad de la vida, su devenir.

El “habitar en común” impone límites, restituye tendencialmente la proporcionalidad pues en ella se ratifica la medida y los acuerdos que sustentan la vida colectiva; su tiempo es el del acontecer cotidiano. Y muy importante, casi nunca pide permisos para existir, más allá de los indispensables. Su potencia enraíza en su alteridad radical; en su negativa a aceptar la exclusión como principio organizador, instaurando en su lugar la transición y el terreno de encuentro sin síntesis ni anulación. Al poner en juego la necesidad organizativa de la colectividad, reivindica la potencia inalienable propia de cada habitante (Robert, 2009) y exige que ésta sea puesta en ejercicio, en tensión para su realización.



Imagen 19. Cocina y comedor en Ahuirán, Sierra P'urhepecha, Michoacán.

controladas por otros. La productividad se conjuga en términos de tener, la convivencialidad en términos de ser. En tanto que el incremento de la instrumentación, pasados los umbrales críticos, produce siempre más uniformación reglamentada, mayor dependencia, explotación e impotencia, el respeto a los límites garantizará un florecimiento de la autonomía y de la creatividad humanas” (1974, p. 27-41).

Este *habitar* se haya más difundido de lo que a primera vista podríamos intuir. Se encuentra disperso en campos y poblados, en las urbes persiste como archipiélagos de barrios, colonias, callejuelas y caseríos usualmente populacheros; subsiste en la morfología vernácula propia de una casa que da horizonte y sentido a quienes la habitan en medio de una modernidad que les dice que su forma de existir es atrasada como es el caso de los hogares populares en los pueblos de Cholula, con su patio policrónico, su cocina comedor, su andador exterior para descanso y sus plantas y animales, sus múltiples plantas para la salud, el clima, la cocina y el embellecimiento, sus animales para la economía del sustento y para una familia multiespecie. Emerge esporádica pero reiteradamente en despliegues corpóreos, en situaciones convivenciales “espontáneas” que subvierten las nuevas viviendas modeladas por los especialistas del comportamiento urbano donde la gente se reúne en una cocina mínima donde no debería caber más que la cocinera, o donde rompen un muro para agrandar la minúscula sala o dormitorio, donde ni los muebles caben. Insurge en los complejos comerciales o los espacios institucionales regimentados y sus actividades y recorridos asignados, donde les jóvenes se sientan despatarrados a disfrutar del simple gusto de mirar pasar y les disputan la validez del espacio construido que niega y se opone a las formas de vivir espacio-temporalmente de las personas, como cuando una familia, un conjunto de albañiles o amigas, se disponen alrededor de sus itacates y unas tortillas, para echarse un taco que les aliviane la panza y les recuerden el sabor y la alegría.

Son conjuntos de prácticas que portan en su desenvolvimiento toda una serie de cosmovivencias implícitas, incluso en ocasiones no intelectualizadas por los propios grupos habitantes que las ejercitan (lo cual, por otro lado, dificulta la aceptación de su potencialidad política por las academias y el reconocimiento de su dignidad y validez por los especialistas del espacio). Esta no-intelectualización no implica una falta de conciencia de las mismas, la conciencia suele ser una conciencia corporal.

Son, también, sus materialidades: sus estéticas, geometrías y disposiciones tectónicas organizativas. A través de éstas se in-

corporan las metáforas culturales de cada colectividad, se pautan las formas de su uso que son formas de realización de la vida, enriqueciendo el lugar desde su constitución interna al tomar en cuenta las maneras en que las personas y sus sociedades eligen vivir (Martín Juez, 2002). Nutren la existencia cotidiana al darle sentido material, conforman y reúnen a los habitantes, dialogan con ellas otorgándoles un lugar.

La lugareidad situada de los habitares y la dislocación espacial urbanicista coexisten conflictivamente en una relación violenta de dominación muchas veces soterrada, pero de continua degradación de las posibilidades de la lugareidad habitativa que tiene sus momentos más explícitos en la demolición y destrucción de las territorialidades vernáculas por el urbanicismo. Mas esta conflictiva coexistencia se da de distintas formas en su expresión física: puede ser una yuxtaposición en oposición como suele ser la de los fraccionamientos exclusivos construidos de espaldas a los barrios populares de una localidad, puede ser como una superposición de la forma espacial impuesta sobre la lugareidad habitativa tal como en el caso de los edificios *ex novo* que se construyen en los centros de barrios antiguos gentrificando su vida social, o puede ser incluso como un entrelazamiento ambiguo, trabado, en que el despliegue del habitar intenta darse a regañadientes dentro de la morfología de espacios heteronormados que dificultan el despliegue de sus modos materiales de vivencia, tal cual es el caso de modificaciones vernáculas dentro de los espacios urbanicistas diseñados por la modernidad, o las adopciones por los habitantes de espacios y geometrías urbanas en contextos que son opuestos a los diseños de uso que éstos permiten. Es decir, el *habitar* no es un ámbito idílico, puro, intocado por el fenómeno urbanicista; sino que se gesta en permanente disputa, oposición y choque con éste, respecto a sus posibilidades culturales, kinésicas y territoriales de existencia, condicionado en gran medida por la tendencia urbanicista expandida por todo el orbe, pero con la capacidad de insurgir y reivindicar su validez a través de sus prácticas, corporalidades y territorialidades populares.



Imagen 20. Casa en que se entrecruzan usos vernáculos y formas modernas. San Andrés Cholula, Puebla. 2022.



Imagen 21. Apertura de cafetería. Baile callejero en la Narvarte, Ciudad de México. 2018.

Es por ello que su mera existencia pone en la lupa y en cuestión tanto el sentido real de la jerarquía y el dominio hegemónicos de la modernidad urbanicista cuanto los criterios dominantes de inferioridad de la colectividad ante la autoridad instituida y la obediencia debida. En su actuar sitúa la pregunta ¿quién debe pedir permiso para habitar y quién debe otorgarlo? Es decir ¿quién define cómo usar, cómo vivir la calle, la plaza, el parque, cualquier

bosque, los ríos, los manantiales? ¿Para quién son, cuál es su sentido y su finalidad, qué tipo de existencia permiten y promueven? Los habitantes ¿lo son realmente? ¿Pueden decidir, incidir sobre los lugares que habitan, hacerse cargo de ellos con autonomía, imbuirlos de su espíritu colectivo y su historia e impregnarse de sus lugares conscientemente? ¿O son tan sólo usuarios de los espacios, dependientes de los designios heterónomos que les son impuestos –a veces desde antes de nacer– respecto a la forma de manejarse en ellos cual masas informes que han de adaptarse al molde?

Ahondemos un poco más antes de concluir el presente ensayo, en este acontecer cotidiano y materialmente configurado que he llamado *el habitar* y que hilvana la mayoría de las reflexiones que hasta ahora he compartido, así haya sido como concepto de sombra al proceso urbanicista. Estoy convencido de que nombrar *el habitar* es hacer uso de una expresión –hoy en día– profundamente crítica, aunque ha sido poco explorada, justamente, en los ámbitos del pensamiento crítico no obstante haber sido propuesta reiteradamente y de continuo abandonada. Quizás porque el término *habitar* parece una palabra inadecuada, edulcorada, romántica, bonachona, inofensiva... pero esta impresión es porque lo que el habitar evoca en nuestras vivencias sentidas, en nuestros paisajes mnemónicos, los territorios de nuestra memoria, es siempre algo cálido, íntimo, un momento o un lugar de bienestar, cabal y coherente, porque es –aparentemente– subjetivo. Piensen por un momento en una vivencia con un lugar donde pueden decir “he aquí mi habitar, nuestro habitar”.

La evidencia de la devastación de los lugares para la vida, de la expansión de los no-lugares, dan un realce distinto a esto que la reflexión sobre *habitar* evoca. Inherente a este sentimiento de cabalidad que el habitar convoca, está la potencia de la vida encarnada en cada ser, el ímpetu vital que le lleva a buscar la vida buena y el encuentro, la enjundia que invitaba Jean Robert a reconocer y ejercitar en cada una de nosotras (Robert, 2009, pp. 263-269). Tan necesaria para reivindicar nuestra capacidad de definir

el destino lúdico de nuestra existencia; para romper la anonimidad y caminar hacia el encuentro, hacia el reconocimiento; para salir del estupor, la amnesia y el anestesiamiento y atrevernos a sentir, a percibir, corporal, encarnadamente los ambientes en que nos es dado vivir y subvertirlos para hacerlos buenos, cabales, deseables, vitales y adecuados.

Porque en ese ejercicio evocativo de sus lugares o momentos de habitar, quizá habrán notado que como cualidades se encontraban una conciencia corpórea de su existencia situada y agradable, en diálogo y conexión perceptual con aquel ámbito en donde se encontraban y con quien (quienes) compartían. El acto de *habitar* realza, con su realización práctica, la realidad de que no basta la existencia individual y de que ésta no es abstracta, ni genérica, ni incorpórea. No basta, porque en verdad no existe. La existencia corporal, real, es siempre relacional. Es siempre una puesta en juego de nuestra subjetividad. Relacional con los componentes del lugar y con los seres. Nos impulsa hacia la expansión colectiva –cada quien en sus tiempos, sus escalas y sus modos– a partir del reconocimiento de la coexistencia, a implicarnos, a dejarnos afectar por lo que habitamos. Es así como adquiere cualidad el lugar situado para quien lo habita, y en una escala amplia, lo mismo ocurre para el territorio concreto: el terruño (Robert, 2012, pp. 20-24). Es ésta, una cualidad adquirida a partir de la interacción sensible y propositiva con él, que reconoce –a su vez– la dependencia de nuestro ser respecto a éste, que encuentra el sentido concreto de la pertenencia.

El habitar señala el momento autocrítico de la persona o la colectividad sobre la situación material de su existencia. Habitar es la dimensión material del vivir, no sólo sobrevivir, divagar, pendular entre emplazamientos o pasajes. Sino expresarnos, realizar la existencia. Es su faceta material, situada, ubicada de nuestra vida y se expresa en la cultura material que creamos y nos conforma. Es existencia material, simbólica, afectiva y sensorial tendiente al cuidado de la vida.



Imagen 22. Fiesta en Comachuén, Sierra P'urhepecha, Michoacán. 2010



Imagen 23. Tianguis de Cuetzalan, Sierra Nororiental de Puebla. 2016

Finalmente, *desfallecimiento* no implica desaparición absoluta. Es un acontecer rumbo a ello, pero no es su realización definitiva. Si hablábamos minutos antes de que el urbanicismo como realidad concreta puede caracterizarse a partir de la amplitud, densidad y diferencialidad con que se materializa y expresa, es porque los lugares

y el habitar, asimismo se presentan con diversa amplitud y densidad, según los momentos, las circunstancias y las geografías que miramos. Su permanente recrearse es la posibilidad de trascendencia de la tendencia a su anulación, porque es el permanente recrearse de la vida buscando vías para su realización plena y cabal.

Experimentar las urbes debiera ser la vía para asumir una mirada y una práctica crítica ante éstas, podría ser un acto que abriera sendas para ensayar o recuperar formas de habitar en que despleguemos vidas que valgan la existencia vivirlas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alcalde Gómez, V. (2020). Descolonizar el diseño: una mirada a aprender del otro. *Students Projects / Proceedings*, Vol 3. FII19 - PDC 2020, 256 – 259. <https://www.pdc2020.org/wp-content/uploads/2020/06/Descolonizar-el-disen%CC%83o-una-mirada-a-aprender-del-otro.pdf> (9 de mayo de 2023)
- Alvarado Pizaña, P. (2014). *Autonomía y recreación del hábitat: arquitectura para la emancipación. Una crítica a la producción capitalista del espacio desde la comunidad p'urhepecha de Cheran*. [Tesis para obtener el grado de maestría en arquitectura]. UNAM.
- Augé, M. (2008). *Los “no lugares”, espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa.
- Aymard, Maurice. 2017. “Spazi”. En *Il Mediterraneo. Lo spazio, la storia, gli uomini, le tradizioni*. Fernand Braudel, (pp. 123-144). Giunti Editore.
- Bellamy Foster, J. (2000). *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*. Ediciones de Intervención Cultural/El Viejo Topo.
- Benjamin, W. (2013). *Capitalismo come religione*. Il melangolo.
- Chandler, T. (1987). *Four Thousand Years of Urban Growth: An Historical Census*. Lewiston, Edwin Mellen Press. En Rosenberg (9 de marzo de 2023). “Top 10 Cities of the Year 1950”, *ThoughtCo*. <https://www.thoughtco.com/largest-cities-throughout-history-4068071>

- Davis, M. (2007). *Planeta de ciudades miseria*. Ediciones Akal S.A. - Foca: Ediciones y Distribuciones Generales S.l.
- Echeverría, B. (1995). *Las ilusiones de la modernidad*. UNAM/El Equilibrista.
- Echeverría, B. (2013). *Modelos elementales de la oposición campo-ciudad. Anotaciones a partir de una lectura de Braudel y Marx*. Itaca.
- Echeverría, B. (9 de marzo de 2023). *Modernidad y capitalismo (15 Tesis)*. Bolívar Echeverría http://www.bolivare.unam.mx/ensayos/modernidad_y_capitalismo
- Ezln, 1997 (9 de marzo de 2023). *7 piezas del rompecabezas mundial (El neoliberalismo como rompecabezas: la inútil unidad mundial que fragmenta y destruye naciones)*. Enlace Zapatista. <https://enlacezapatista.ezln.org.mx/1997/06/20/7-piezas-sueltas-del-rompecabezas-mundial-el-neoliberalismo-como-rompecabezas-la-inutil-unidad-mundial-que-fragmenta-y-destruye-naciones/>
- Fernández Christlieb, F. & García Zambrano, Á. J. (coord.). (2006). *Territorialidad y paisaje en el Altepétl del siglo XVI*. FCE - Instituto de Geografía, UNAM.
- Fuentes Morúa, J. (1991). *Marx-Engels, crítica del despotismo urbano: 1839-1846*. UAM-Iztapalapa.
- Fuentes Morúa, J. & Terrazas García, O. De Marx a Foster. Críticas a la urbanización insustentable. *Revista Trabajadores*, julio-agosto 2011, 44-50.
- García, C. (2014). Vivencia, corporalidad e inmanencia. *Revista Pensamiento Biocéntrico*, Pelotas - N° 21 - Jan/Jun, 37-52.
- Garza Villareal, G. (2005). *La urbanización de México en el siglo XX*. Colmex / Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano.
- Harvey, D. (2007). *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. AKAL.
- Illich, I. (1974). *La convivencialidad*. Barral.
- Illich, I. (9 de marzo de 2023). *The Wisdom of Leopold Kohr*, Center for New Economics <https://centerforneweconomics.org/publications/the-wisdom-of-leopold-kohr/>

- Illich, I. (2013). *La pérdida dei sensi*. Liberia Editrice Fiorentina.
- Kagan, R. L. (1998). *Imágenes urbanas del mundo hispánico 1493-1780*. El Viso.
- Martín Juez, F. (2002). *Contribuciones para una antropología del diseño*. Gedisa.
- Merleau-Ponty, M. (2020). *El mundo de la percepción. Siete conferencias*. Fondo de Cultura Económica.
- Pipitone, U. (2003). *Ciudades, naciones y regiones. Los espacios institucionales de la modernidad*. FCE.
- Pasolini, P. P. (1997). *Cartas luteranas*. Trotta.
- Pasolini, P. P. (2006). *Scritti corsari*. Garzanti Libri.
- Piano, R. (2010). *La responsabilità dell'architetto*. Passigli Editori.
- Robert, J. (2009). La acción antisistémica en tiempos de crisis. *Primer Coloquio Internacional In Memoriam Andrés Aubry* (pp. 261-269). Cideci Unitierra Ediciones.
- Robert, J. (2012). (16 de marzo de 2023). *Los pobres excluidos de la política. Los pobres reinventan la política*. UNAM - IIS http://conceptos.sociales.unam.mx/conceptos_final/513trabajo.pdf
- Robert, J. (2018). Place in the space age (2001). *The International Journal of Illich Studies*, Vol. 6 No. 1, 87-112. <https://journals.psu.edu/illichstudies/article/view/60682> (27 de abril de 2023).
- Robert, J. (2019). El lugar en la era del espacio. *Revista Fractal*, 88. <https://www.mxfractal.org/articulos/RevistaFractal88Robert.php> (16 de marzo de 2023).
- Robert, J. (2020). El retorno de Caín. Reflexiones sobre los orígenes y la muerte de las ciudades. *Unidiversidad. Revista de pensamiento y cultura de la Buap*, 36, 57-73. <https://www.unidiversidad.com.mx/36/textos-de-jean-robert/el-retorno-de-cain> (16 de marzo de 2023).
- Salazar, H. & Rivera Cusicanqui, S. (2019). Sobre la comunidad de afinidad y otras reflexiones para hacernos y pensarnos en un mundo otro. Entrevista a Silvia Rivera Cusicanqui. *Producir lo común. Entramados comunitarios y luchas por la vida. El Apantle, Revista de Estudios Comunitarios*. Traficantes de Sueños. <https://traficantes.net/libros/producir-lo-com%C3%BA>

- Smith, N. (2012). *La nueva frontera urbana. Ciudad revanchista y gentrificación*. Traficantes de Sueños.
- United Nations DESA / Population Division (9 de marzo de 2023). *World Population Prospects 2019*. United Nations. <https://esa.un.org/unpd/wpp/>